

LA CATEDRAL DE SAN ISIDRO, SUS IMÁGENES Y AMOBLAMIENTO

Pbro. Pedro Oeyen

La restauración de la Catedral de San Isidro, realizada entre 1999 y 2009, posibilitó ponerla en valor, así como sus imágenes, elementos litúrgicos y ornamentales. Este folleto tiene por objeto brindar algunos datos que ayuden a conocerlos y apreciarlos mejor.

Al recorrer el templo, recordemos que es un lugar de oración y recogimiento espiritual. Es un buen momento para elevar una plegaria, hacer silencio y reflexionar. Por respeto al lugar y a los que están en él, rogamos que no se fume, coma, ni grite en su interior.

ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS

El primer lugar de culto que existió en la zona fue un rancho de adobe con techo de paja, del que sólo existen referencias vagas. Habría sido levantado hacia 1694 por Domingo de Acassuso.

El 14 de octubre de 1706 el mismo Acassuso creó aquí una Capellanía en honor de San Isidro Labrador, donando para ello una fracción de terreno de unos 260 metros de frente sobre el Río por 5.000 m. de fondo. Esta fecha es considerada como la de fundación de este pueblo y ciudad.

Una primera Capilla de ladrillos y techo de tejas, de exiguas proporciones, fue inaugurada el 27 de mayo de 1708. A partir de entonces la población rural que habitaba en el paraje tuvo asistencia sacerdotal habitual en la persona del Pbro. Fernando Ruiz Corredor, que vivía en un rancho.

Unos años más tarde la Capilla se transformó en sacristía de un templo más grande. Tras varios intentos en que los muros y techos se derrumbaron, fue inaugurado el 24 de abril de 1720.

El 23 de octubre de 1730 el Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires lo transformó en sede parroquial.

Subsistió hasta 1895, pero fue necesario demolerlo porque su estado calamitoso amenazaba derrumbe.

El 6 de octubre de 1895 se colocó la piedra fundamental del templo actual. El 14 de mayo de 1898 se celebró en él la primera misa, dándose por concluidas las obras y consagrándolo el 20 de octubre de 1906.

Ocupa una superficie de 1.300 metros cuadrados, mide 60 m. de largo por un ancho de 18,50 m., que en los cruceros llega a los 29 m. La altura interior es de 19 m. y su torre alcanza los 68,65 m.

Fueron arquitectos de este templo neogótico Jacques Dunant y Charles Paquin, suizo el primero y francés el segundo. Ambos habían estudiado en París. Paquin murió en Buenos Aires en enero de 1898 y Dunant terminó la obra solo. Pedro Biasca y sus hijos fueron los constructores.

Una Comisión Central, con el asesoramiento del ingeniero Santiago Brian, dirigió la obra y una de Damas se encargó de recaudar los fondos necesarios. Sus nombres de perpetuaron en una placa de bronce.

En la parte superior de la torre hay seis campanas; dos de menor porte fueron colocadas en 1902, una de ellas da las horas y la otra está actualmente inactiva. El párroco Agustín Allievi (1912-33) adquirió otras cuatro de mayor tamaño, hechas en Londres por la casa Gillet y Johnston, con un

peso total de unos 5.000 kilos, la mayor de 1.800 k., la menor de 800 k. Fueron bendecidas el 8 de diciembre de 1923, instaladas el 5 de febrero de 1924 y se echan a vuelo en las grandes fiestas.

Poco más abajo, la torre ostenta un reloj de cuatro esferas colocado en 1902. El mecanismo es el original, hay que darle cuerda todas las semanas, funciona con contrapesos y se mantiene en perfecto estado.

El 8 de junio de 1957, al crearse la Diócesis local, esta iglesia se convirtió en Catedral y el 10 de octubre de 1963 fue declarada “Lugar Histórico Nacional”.

EL EXTERIOR

El estilo neogótico surgió a fines del siglo XVIII y se usó hasta principios del XX. Retomó las formas del gótico, utilizado en Europa entre los siglos XII y XVI, pero con materiales y técnicas modernas. Se caracteriza por sus líneas esbeltas que apuntan hacia el cielo, como invitando a elevar la mirada a Dios. Las paredes macizas son reemplazadas por vitrales que generan un ambiente interior propicio a la oración.

La planta de este templo tiene forma de cruz latina en tres naves y un ábside circular. En la parte posterior está adosada la casa parroquial en el mismo estilo.

Unas décadas más tarde se construyó un sótano, que luego fue transformado en salón parroquial, bajo el atrio del lado del Río. En 1965 se añadió la Capilla del Santísimo y algunas dependencias para la casa parroquial. En la reciente restauración se procuró que las partes añadidas se diferenciaron visualmente mediante materiales distintos o con diferente tratamiento del original.

Los techos eran de pizarra, material frágil y quebradizo, que al romperse producía frecuentes filtraciones que dañaban interior y estructuralmente al edificio. El de la iglesia y casa parroquial fue cambiado por uno de cobre en 1952, el de la torre por tejas metálicas en 1992.

En 1965 muchas de las partes ornamentales exteriores se habían caído y otras amenazaban hacerlo, por lo cual todas fueron eliminadas, quitándole gran parte de su belleza. En la restauración se repusieron más de 400 elementos, reconstruidos a partir de antiguas fotos, recuperándose así las formas originales. Algunos caben en la palma de una mano, otros pesan más de 3.000 kilos.

Vale la pena circular con tranquilidad en torno a la Catedral y admirar los múltiples detalles que la convierten en una de las más bellas del país, recordando que la belleza es uno de los atributos del Creador y que vestigios de ella se pueden hallar en todas las cosas.

EL NARTEX (vestíbulo o atrio interior)

En la pared de la derecha hay **una gran placa de mármol blanco** en honor de Mons. Francisco Alberti. Fue colocada el 6 de enero de 1940, dos años y medio después de su muerte, por iniciativa de las damas sobrevivientes de la Comisión que construyó el templo.

Francisco Alberti era hijo de Esteban y Clara Gilardón. Nació en Buenos Aires el 28 de abril de 1865. Ingresó al Seminario de Buenos Aires en 1882 y fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1890. Inicialmente fue Capellán del Colegio de la Misericordia, en Buenos Aires, luego lo nombraron párroco de San Isidro. Lo fue durante 5 años y 7 meses, del 6 de noviembre de 1892 al 28 de mayo de 1898.

Desde el primer momento se preocupó por organizar la enseñanza del catecismo, revitalizar las asociaciones religiosas y fundar otras nuevas. No dejó de velar por todos aspectos de la vida parroquial: atender a la gente, especialmente a los pobres, visitar enfermos, promover el culto, las obras de piedad, etc. Sin duda siempre se lo recordará como uno de los grandes párrocos de San Isidro. Pero su mayor obra fue la construcción del templo actual.

Dejó la parroquia dos semanas después de su inauguración, al ser designado Vicario General de la Diócesis. Pero a pesar de residir en La Plata, siguió presidiendo la Comisión Pro Templo y asistiendo a sus reuniones hasta mayo de 1904.

El 9 de abril de 1899 fue consagrado Obispo Auxiliar de La Plata, cargo que ejerció por 19 años, luego fue trasladado a Buenos Aires. Ante la muerte de Mons. Terrero, lo nombraron tercer Obispo de La Plata cargo que asumió el 12 de octubre de 1921. El 20 de abril de 1934 La Plata fue elevada a Arzobispado, siendo él su primer Arzobispo. Murió el 27 de junio de 1938.

Siempre se sintió unido a este pueblo, donde era recordado, homenajeado y volvía con gusto. Sin ninguna duda fue un gran obispo y una calle de San Isidro lleva su nombre, como recuerdo perdurable para las generaciones futuras.

Al pie de esta placa hay otra, colocada con motivo del tercer centenario de la primera misa celebrada en este lugar. En ella se mencionan los 33 sacerdotes que estuvieron al frente de la atención espiritual de la comunidad durante tres siglos. A ellos habría que añadir algunos que fueron párrocos interinos por breve tiempo y numerosos Vicarios Parroquiales que colaboraron.

En la pared opuesta se encuentra la urna con los restos de **Diego Palma**, que nació en Morón de la Frontera (Sevilla), España y fue ordenado sacerdote en la Orden de los Franciscanos Recoletos. Huyó a raíz de una de las tantas guerras que azotaron su patria, siendo admitido en la diócesis de Buenos Aires. Fue párroco de San Isidro durante 33 años, del 9 de mayo de 1857 al 18 de octubre de 1890, aunque durante dos años (1875-1877) lo suplió un Interino, Patricio Espinosa. Por varios años fue además miembro del Concejo Deliberante Municipal.

El territorio parroquial en esa época abarcaba los actuales partidos de San Isidro y Vicente López. Se destacó especialmente por la atención a los enfermos de cólera en la epidemia de 1868, en la que murieron 110 vecinos. La comunidad agradecida hizo un homenaje y le dio una medalla.

El Cardenal Copello decía: “Fui bautizado por el P. Diego Palma. Fue un cura extraordinario por su bondad, su celo, su desprendimiento por amor a los pobres, por su asistencia continua a los enfermos. Lo recuerdo con mucho cariño, con él hice la primera confesión. Ya muy ancianito y achacoso, lo ubicaron en una casa de la familia Anchorena, que estaba por entonces en la calle Chacabuco, al lado de la escribanía de Isaac Márquez. Falleció el 27 de febrero de 1891”.

Una calle en San Isidro lleva su nombre. En 2003, al hacerse la restauración de la Catedral, sus restos fueron encontrados y colocados junto a su placa funeraria.

En la misma pared se abrió una puerta de acceso a la **santería**, en cuyo fondo se percibe la parte baja del último vitraux del templo. En ella, además de los artículos comunes, hay una amplia gama de imágenes, medallas, libros y folletos dedicados a San Isidro Labrador, su esposa Santa María de la Cabeza, esta Catedral y nuestra localidad.

Una gran puerta vidriada de líneas neogóticas separa el vestíbulo del templo. Las columnas están talladas con el motivo ornamental que predomina en todo el edificio: la vid. La parte superior del lado externo armoniza con las bases de las nervaduras de la bóveda del nártex y culmina en su parte central con una cruz tallada que tiene un ángel en su base.

EL INTERIOR DEL TEMPLO

Al entrar en la Catedral se puede apreciar la belleza y grandiosidad de sus formas, resaltadas por la reciente restauración. Para gozar plenamente de ella es indispensable tener en cuenta que su arquitectura está pensada para que todo ayude a la fe.

La forma de cruz del templo identifica al pueblo orante con Cristo que se ofreció al Padre. La altura interior invita a elevarse hacia Dios. Los vitraux generan un clima propicio a la oración y sus imágenes nos llevan a desear compartir el cielo con Jesús, la Virgen y los santos (para comprender mejor su significado recomendamos el folleto sobre dichos vitraux).

En la restauración se quiso facilitar la participación de los fieles en las funciones litúrgicas. Por eso se reubicó el altar central, se renovó la iluminación, el sonido, etc.

Originalmente el templo contaba con gran cantidad de **imágenes**, colocadas casi todas en los retablos de los altares. Entre ellas había varias de Jesús, la Virgen y muchos santos. En esa época el sacerdote celebraba la Misa en latín y de espaldas al pueblo, que mientras tanto rezaba el rosario, el Vía Crucis y diversas prácticas devocionales en honor de los santos.

El Concilio Vaticano II (1962-65) reformó la liturgia y estableció que el número de imágenes no debía ser excesivo y la disposición debía guardar un justo orden, que no hubiera más de una de cada santo, ayudaran a la piedad de la comunidad y no distrajeran la atención en las celebraciones.

Esto llevó a que se eliminaran la mayor parte de las que había en este templo. Varias fueron donadas a iglesias pobres del interior y sólo quedaron las más importantes. Con la restauración se les dio una mejor ubicación y mayor relieve para favorecer la devoción de los fieles. Nos detendremos ante ellas para apreciarlas en su justa medida.

Para costear **los bancos** de cedro, el P. Viacava (1904-11) organizó una Comisión especial compuesta por las señoritas de Alfaro, Tracers, Arana, Bilbao, Verduga, Pirán, Obarrio, Malbrán, Anchorena, Pietranera, Wilken, Beláustegui, Miguens, Folco, Rolón, Sánchez, Cantilo, Lezica, Martín y Omar, Giménez y Beccar Varela. **Los confesionarios**, también de cedro, fueron donados por Carolina Marcó de Arana, Juana y María de Anchorena.

1. En el fondo

A ambos lados de la puerta principal se encuentran **dos pilas de agua bendita** en mármol de Carrara con estilo neogótico. Se hicieron en 1901 en el Taller de escultura de Víctor Bustelli, de Buenos Aires, cuando el P. Enrique Potestá era párroco (1898-1901); Antonio María Pirán y Ana Riglos de Pirán asumieron su costo.

El amor de Dios por toda la humanidad es el mensaje constante de la Biblia. Jesús es la manifestación más plena de este amor.

Entre 1673 y 1675, Margarita María de Alacoque (1647-1690), monja de la Visitación en Francia, tuvo varias revelaciones que la llevaron a representarlo en la imagen del **Sagrado Corazón**. En ella parece resucitado, con las llagas de los clavos en las manos y los pies. En el centro de su pecho, el corazón herido y encendido en llamas de amor está rodeado por la corona de espinas y coronado por la cruz. Su fiesta se celebra el viernes siguiente a Corpus Christi.

Esta devoción se extendió por todo el mundo y siempre estuvo muy unida a la Eucaristía, en la que Jesús se hace presente. Fue traída a San Isidro por el párroco León De Mier (1845-1853) y desde entonces quedó en el corazón del pueblo. En prueba de ello, en 1940 se levantó la estatua que preside la plazoleta que separa la Catedral de la Avenida del Libertador.

También al fondo del templo, a la derecha hay una magnífica imagen. Es una talla de madera policromada de 2,53 metros de altura, donada en 1901 por Mercedes Aguirre de Anchorena y adquirida en la casa Raffl, de París, Francia.

Actualmente se apoya sobre una base hecha con partes de los antiguos altares. Antes se encontraba en el centro del retablo del altar mayor. Mediante un sistema mecánico-manual era

descendida durante el tiempo de Pasión, para ser repuesta en medio de la emoción de los fieles en la Vigilia Pascual. Parecía que el mismo Cristo resucitado surgía de la tumba en ese momento.

Es común que las imágenes de los santos miren al cielo, en cambio las del Sagrado Corazón y de la Virgen suelen mirar hacia abajo. En ésta los ojos están alineados de tal manera que hay un punto, cercano a la gran pilastra del templo, donde parece que estuviera mirando a los ojos al que está ante Él. Este detalle conmueve a muchos devotos.

En el retablo, a ambos lados del Sagrado Corazón, hay **dos ángeles**, de 1,30 m. de altura, de yeso policromado, con incrustaciones de vidrios de colores. Tienen el mismo origen que la imagen central, fueron donados por la misma persona y antes estaban en el altar mayor. Una peculiaridad digna de ser señalada por ser poco común, es que uno de ellos, con las manos abiertas sobre el pecho, tiene rasgos femeninos y el otro con las manos juntas, es más masculino.

Junto al retablo, a la derecha, se puede observar la magnífica **escalera** que lleva al coro y a la torre, hecha en pino tea y cedro. Su eje central es un tronco macizo 10,50 m. de altura; la baranda artísticamente torneada acompaña el ascenso.

El retablo con las placas históricas se encuentra al fondo, a la izquierda de la entrada principal. Antes estaban en el nártex y en el frente del templo.

En la parte superior está la más antigua, colocada cuando murió **Mercedes Aguirre de Anchorena**, Presidenta de la Comisión de Damas Pro Templo y generosa donante.

Hija del segundo matrimonio de Manuel Hermegildo con Mercedes Ibáñez Marín, nació el 15 de octubre de 1832 en Buenos Aires. Se casó con su primo hermano Pedro Tomás de Anchorena Ibáñez el 20 de diciembre de 1849. Tuvieron once hijos, de los cuales la quinta fue María, soltera, que le sucedió al frente de la Comisión Pro-Templo.

Vivían en Buenos Aires y en verano se instalaban en San Isidro, en la casa que hoy es la sede del Colegio San Juan el Precursor, al costado de la Catedral.

Víctima de una rápida enfermedad, murió en Buenos Aires el 13 de julio de 1902 y fue sepultada al día siguiente en el cementerio de la Recoleta. Este acontecimiento enlutó a San Isidro y también fue sentido en la Capital, donde colaboraba activamente en numerosas entidades de beneficencia y obras de la Iglesia, como el Seminario, la iglesia de la Merced y la Catedral.

Un gran funeral se celebró aquí y colocaron esta placa recordatoria. Las autoridades municipales se reunieron en forma extraordinaria y decidieron por unanimidad poner su nombre a la calle en la que tenían su residencia veraniega. Su esposo, que también colaboró generosamente en la construcción de este templo, murió seis años más tarde, el 28 de julio de 1908.

En el centro se encuentra la placa mayor, con los nombres de los integrantes de las Comisiones que entre 1892 y 1906 construyeron este templo. Fue colocada el 20 de octubre de 1906 por el párroco Viacava, cuando lo consagró Mons. Terrero, Obispo de La Plata.

Juan Pedro Viacava estudió en el Seminario de Buenos Aires, fue ordenado el 12 de octubre de 1894. Inicialmente fue Secretario de Mons. Castellano, Arzobispo de Buenos Aires; luego Teniente en San Ponciano, La Plata. Después Secretario de Mons. Terrero, cuando era Obispo Auxiliar de Buenos Aires; a continuación Fiscal y Notario Mayor Eclesiástico de La Plata.

Fue párroco de San Isidro y presidente de la Comisión Pro Templo durante siete años, del 29 de mayo de 1904 al 12 de mayo de 1911. Completó su construcción y equipamiento.

Habiendo expirado el permiso que su Arzobispo le concediera, se reincorporó al clero porteño y allí tuvo diversos cargos. Murió anciano, en su residencia de Buenos Aires el 11 de agosto de 1948, después de una prologada dolencia. Fue sepultado en la Recoleta.

Juan Nepumoceno Terrero, hijo de Federico y María Gertrudis de Escalada, nació en Buenos Aires el 13 de agosto de 1850. Allí se doctoró en la Facultad de Derecho en 1875 para entrar dos años más tarde al Seminario, a los 27 años. Estudió en Roma, donde fue ordenado sacerdote el 18 de diciembre de 1880. En 1882 se doctoró en Derecho Canónico.

Al regresar a Buenos Aires fue Capellán del Colegio de la Santa Unión, del Cementerio Sud y párroco de San Telmo. Luego tuvo distintos cargos en la Curia hasta ser ordenado Obispo Auxiliar de Buenos Aires el 19 de junio de 1898. El 7 de diciembre de 1900 León XIII lo designó segundo Obispo de La Plata. Murió el 10 de enero de 1921 y fue sepultado en la Basílica de Luján.

El 10 de mayo de 1921 el Concejo Deliberante de San Isidro por unanimidad sancionó una Ordenanza poniendo su nombre a una de las calles de San Isidro y el 15 de mayo de 1922 se colocó allí una placa de bronce en su memoria.

Siempre tuvo especial afecto a San Isidro, donde vivieron sus antepasados maternos. Entre ellos, Victorino José de Escalada (1805-1877), su tío abuelo que heredó de su padre una chacra en Martínez, con 400 metros de frente sobre el Río de la Plata por una legua de fondo, entre lo que hoy son las calles Alvear y Pueyrredón. Se estableció en ella y fue Juez de Paz once veces, siempre por un año, entre 1832 y 1865, con funciones de Intendente Municipal en las ocho primeras.

En 1916, con motivo del centenario de la Independencia Nacional, Mons. Terrero recomendó a todos los párrocos que colocaran en el frente de sus iglesias una placa conmemorativa, fundida en la Fábrica Nacional de Medallas de Constante Rossi, en la que figuraban los nombres de **los sacerdotes que participaron en hechos que fundaron la Patria**: el Cabildo de 1810, la Asamblea del año 13 y el Congreso de Tucumán.

Decía: “Este justo homenaje al Clero de la Independencia, que se distinguió por su amor a la patria y por su abnegación en los momentos de prueba para ella ... es un deber de gratitud que todos debemos cumplir y que servirá de ejemplo a los que después de nosotros, al contemplar esta placa justiciera, sepan que no hemos olvidado a los sacerdotes que con la palabra y con su influencia prestigiosa nos dieron patria y libertad.”

El Pbro. Allievi, párroco en ese entonces, la hizo colocar en el frente del templo, ahora está a uno de los lados de la placa principal.

En 1936, cuando Mons. Copello fue nombrado Cardenal, se colocó la cuarta placa.

Santiago Luis Copello, nació en San Isidro el 7 de enero de 1880, hijo de Juan y María Bianchi, fue bautizado, hizo su Primera Comunión y fue confirmado en esta Parroquia. Cursó la primaria aquí en la Escuela N° 2 y el secundario en el Colegio San José, de Buenos Aires.

Impactado por la actitud sacerdotal del P. Alberti, en 1894 entró al Seminario de Buenos Aires. En 1896 lo enviaron a Roma, donde se doctoró en teología y fue ordenado sacerdote el 28 de octubre de 1902.

Vuelto al país fue brevemente Teniente en San Ponciano y luego tuvo diferentes cargos en la Curia de La Plata, antes de ser ordenado Obispo Auxiliar de esa diócesis en esta iglesia de San Isidro, el domingo 30 de marzo de 1919. Fue la primera ordenación episcopal que se hizo en este templo.

Trasladado como Obispo Auxiliar a Buenos Aires el 30 de mayo de 1928, a partir del 6 de septiembre de 1930 asumió el gobierno de esa Arquidiócesis por estar seriamente enfermo el titular. El 20 de octubre de 1932 Pío XI lo designó Arzobispo de Buenos Aires.

El 16 de diciembre de 1935 el mismo Papa lo nombró Cardenal, siendo el primero de Hispanoamérica. Estando en Roma para recibir el capelo cardenalicio, le otorgaron también el título de Primado de la Argentina. Ambas noticias fueron muy celebradas en San Isidro y en Buenos Aires. Se organizaron homenajes y él pidió que el signo característico de los festejos fuera la atención a los necesitados. Se realizaron numerosas acciones en ese sentido.

También se hizo una enorme concentración en Buenos Aires el 14 de marzo de 1936, siendo recibido por el Presidente de la República, ministros, obispos y arzobispos del país y de naciones vecinas, cortejos triunfales, discursos, etc.

En San Isidro se formó una Comisión que organizó una recepción solemne el 21 de marzo de 1936, con Te Deum y discursos; le regalaron una medalla de oro y colocaron esta placa conmemorativa en el templo parroquial. Después hubo reparto de víveres y ropa para 450 familias pobres de San Isidro y 100 de Martínez.

Otros hechos lo siguieron uniendo a esta tierra. Entre ellos el haber ordenado sacerdote a Antonio María Aguirre, a quien luego llevó a la Curia de Buenos Aires como Canciller. Fue él quien lo propuso a la Santa Sede para que lo nombraran primer Obispo de San Isidro. El 8 de junio de 1957, Delegado por el Papa, erigió este templo parroquial de San Isidro en Iglesia Catedral.

Condujo la Arquidiócesis de Buenos Aires hasta el 6 de abril de 1956, luego mantuvo el título de Arzobispo pero sin gobernarla. El 26 de mayo de 1959, Juan XXIII lo nombró Canciller de la Iglesia Católica y se trasladó a Roma para ejercer este cargo honorífico. Volvió varias veces de visita a la Argentina y solía pasar por su pueblo natal.

Murió en Roma el 9 de febrero de 1967 a los 87 años de edad. Posteriormente su cuerpo fue trasladado a Buenos Aires y sepultado en la iglesia del Santísimo Sacramento. Una calle de San Isidro lleva su nombre para perpetuo recuerdo de este hijo ilustre.

2. Las naves laterales

Las guardas del piso con forma de hojas de vid recuerdan que Cristo es la vid verdadera y sus discípulos los sarmientos (Jn. 15, 1-8). Encontramos este mismo motivo ornamental en las bóvedas de los techos, la parte superior de las paredes y el friso exterior.

El Vía Crucis es una práctica piadosa que consiste en acompañar a Jesús en su pasión y muerte. Se medita su paso por ese camino que lo llevó al Calvario, deteniéndose, rezando y cantando. Probablemente esta devoción nació entre los peregrinos que visitaban Jerusalén y recordaban los lugares que recorrió el Señor. Con el tiempo, el *Vía Crucis* se organizó en 14 "estaciones" o momentos en los que hay que detenerse.

En nuestra Catedral, los cuadros que las representan fueron ejecutados al óleo por Giúdice, tienen 1,10 m. de alto por 0,51 m. de ancho. Sus marcos neogóticos de nogal, de 2,07 m. de altura por 0,82 m. de ancho, fueron restaurados y son admirables. Merecen ser contemplados al realizar esta práctica piadosa. Han sido donados en 1901 por Mercedes Aguirre de Anchorena.

3. El Presbiterio

Sus elementos principales son el altar, el ambón y la sede, que en el caso de las Catedrales se duplica: una para uso exclusivo del Obispo y otra para los sacerdotes.

La reforma del Concilio Vaticano II modificó la concepción litúrgica al disponer que era necesario que todo el pueblo de Dios participara activamente de las celebraciones. Esto implicó que se realizaran en el idioma propio de cada nación y que el que presidía estuviera de cara a los fieles.

Por eso se estableció que **el altar** debía ser uno sólo en cada iglesia, separado de la pared y ocupando el lugar central, de modo que fuera visible para todos y así se favoreciera la participación. De allí que en la reforma de 1965 se eliminaran los ocho altares existentes con sus retablos y se construyera uno nuevo en el centro del templo.

El altar significa a Cristo, por eso merece siempre honor y reverencia. Es a la vez el ara donde se renueva en cada Misa el sacrificio de la Cruz y la mesa festiva de la Última Cena de Jesús con sus amigos, donde Él se hace presente bajo las especies de pan y vino.

El 20 de octubre de 1968 se consagró el actual, colocándose en su interior reliquias de San Isidro Labrador y de los mártires Atanasio, Máximo, Adeodato y Honesta. Las tres primeras estaban en el altar mayor original, las otras dos fueron añadidas en esa ocasión.

Es de piedra tallada proveniente de la Sierra de los Padres, hecho a medida, de 1,03 m. de altura y 3,00 m. de largo por 1,20 m de ancho. El material recuerda los altares donde se ofrecían sacrificios en el Antiguo Testamento, su forma remite a la cena fraternal en la que todos rodean la mesa.

En la reciente restauración se lo corrió unos metros hacia atrás para integrar mejor a quienes están en los cruceros y se puso un piso de madera al presbiterio para indicar que se trata de uno distinto del original.

El ambón es el lugar donde se proclama la Palabra de Dios. Su propósito no es meramente funcional sino simbólico, ya que recuerda a los fieles que en la misa hay una doble mesa: la de la Palabra y la de la Eucaristía. Para destacar su importancia debe estar separado del altar y cercano a los fieles. El actual, de madera tallada, se colocó en 1985.

La sede es el lugar donde quien preside la celebración, realiza los ritos iniciales y conclusivos. **La episcopal** debe destacarse; por eso está sobre una tarima y es un poco más grande que la otra. Tiene 1,60 m. de altura, mientras que **la diaria** mide 1,40 m., ambas son de madera tallada y lustrada, con algunos adornos dorados y asiento tapizado. Pertenecían a la sede episcopal hecha en 1957, cuando esta iglesia se transformó en Catedral.

Suspendido sobre el altar se encuentra el **Cristo Pascual**, de 1,80 m. de altura y 1,66 m. de ancho en los brazos abiertos, talla en madera de cedro paraguayo, obra del escultor argentino Diego Curutchet. Fue diseñado en 1985 para ser colocado en este lugar.

La imagen representa el misterio pascual de Jesús, por el que pasó de la muerte a la vida. La cruz, los clavos, las espinas, llagas y la sangre recuerdan su muerte. La posición erguida, el cuerpo vigoroso y los ojos abiertos con una mirada que se pierde en el infinito, significan su resurrección, triunfo definitivo sobre la muerte, el dolor y el pecado.

La simplicidad general de la figura busca que el que la contempla se centre en el rostro y en la mirada de Jesús, que conoce y ama a cada uno de los que se acercan a Él. Su ubicación en el templo muestra que estamos ante el misterio central de nuestra fe, que se renueva en cada Eucaristía.

4. Los cruceros

En los testeros están las imágenes de San José y Santa María de la Cabeza. Ellas, así como las que se encuentran en el ábside están dentro de unas **hornacinas** de madera pulida con adornos

dorados, que realzan su importancia. Fueron reconstruidas a partir de antiguas fotos y algunos elementos que subsistieron después de la reforma de 1965.

San José, esposo de la Virgen María, era carpintero e hizo las veces de padre para Jesús. Los evangelios de Mateo y Lucas lo mencionan en sus primeros capítulos. Al definirlo, con sobriedad suprema, dicen que era "*un hombre justo*", es decir, "*un santo*" (Mt. 1, 19). Su culto se incorporó tardíamente en la liturgia, pero en el siglo XIX adquirió un desarrollo extraordinario como patrono de la buena muerte. Pío IX lo declaró patrono de la Iglesia universal. Su fiesta se celebra el 19 de marzo.

La imagen es una talla de madera policromada, de 1,30 m. de altura, donada a la antigua iglesia parroquial en marzo 1889 por la familia Pirán. Tanto en ella como en el templo actual, tenía un altar que le estaba dedicado. En el período 1965-2007 se le había quitado la policromía y sólo aparecía la talla de madera. Recuperó su aspecto original al restaurarse la Catedral.

Santa María de la Cabeza. Se llamaba María Toribia y era natural de Torrelaguna (España), donde se casó con Isidro. Según la tradición popular murió en Caraquiz el 8 de septiembre de 1180, teniendo unos 80 años de edad.

Su historia está íntimamente ligada a la de su esposo San Isidro Labrador y en todo compartió su vida de familia, oración, trabajo y servicio a los más pobres. Tuvieron un hijo llamado Juan, que en una oportunidad cayó en un aljibe y milagrosamente salvó su vida.

Profundamente devota de la Virgen limpiaba y adornaba una ermita que le estaba dedicada, en las cercanías de su casa, al otro lado de un arroyo.

El añadido "de la Cabeza", con que se la conoce, no es su apellido (en esa época sólo los nobles lo tenían). Se debe a que, poco tiempo después de su muerte, su cráneo fue colocado en un relicario en la ermita de la Virgen que está al oeste de Caraquiz. Muchos milagros se obraron por su intercesión y los devotos comenzaron a llamarla María de la Cabeza, nombre que se conservó hasta nuestros días. Su fiesta se celebra el 9 de septiembre.

La imagen es una talla de madera policromada, estucada y estofada, de 1,44 m. de altura, donada en noviembre de 1875 por Carmen García Zúñiga de Marín. El velo y el vestido son sencillos pero en sus bordes hay fajas doradas. Tanto el chaleco como el chal que se anuda en la cintura se destacan por su calidad y son los que se usaban para una fiesta. Esto señala que aún siendo la humilde esposa de un peón de campo, hoy goza de la fiesta eterna del cielo. En las manos sostiene una jarra y un cucharón, signos de sus tareas hogareñas y del servicio a los más pobres. Como su esposo, mira al cielo en actitud orante.

Estaba en el altar mayor al lado del Sagrado Corazón. En el período 1965-90 no estuvo expuesta a la veneración pública; de 1990 a 2008 estuvo en la Capilla que le está dedicada en el Bajo de San Isidro. Con la restauración volvió a tener un lugar relevante dentro de esta Catedral.

5. El ábside

En las paredes laterales se encuentran las imágenes de Nuestra Señora del Carmen y San Isidro Labrador.

San Isidro nació en Madrid (España) en 1082. Fue labrador como su padre, es decir peón de campo; se casó con María Toribia, con quien tuvo un hijo. Se ocupó de su familia, trabajó, rezó mucho, fue muy generoso con los más pobres y así se santificó. Se le atribuyen varios milagros. Murió en Madrid, según la tradición popular el 30 de noviembre de 1170, en brazos de su esposa y de su hijo. Su cuerpo se conserva incorrupto y su fiesta se celebra el 15 de mayo. Es el patrono de nuestra diócesis, parroquia, partido y ciudad, así como de Madrid y del campo español.

Esta imagen tallada en madera, de 2,06 m. de altura, fue hecha en 1967 por encargo de Mons. Aguirre en los Talleres de Arte Granda, de Madrid. Sigue los parámetros de la imaginería religiosa contemporánea, en la que los personajes son representados con mayor fidelidad a los datos históricos. Por eso viste un sencillo traje de campesino y lleva un atado de espigas de trigo en sus brazos; la mirada elevada a lo alto indica que era hombre de oración.

La Biblia celebra la belleza del Carmelo, promontorio rocoso ubicado al norte de Israel, donde el profeta Elías se refugió y defendió la fe del pueblo de Dios contra los cultos paganos. En el siglo XIII un grupo de eremitas se retiró allí y fundó la orden religiosa contemplativa llamada de los “Carmelitas”. Según sus tradiciones, en 1251 la Virgen se apareció a uno de ellos, Simón Stock y le entregó el hábito que usan.

Desde entonces se propagó su devoción bajo el título de **Nuestra Señora del Carmen**. En las imágenes se la representa con el Niño en brazos y vestida con el hábito distintivo de la orden, teniendo en la mano una reducción del mismo: el “escapulario”, es decir, dos pequeños trozos de tela unidos entre sí por cintas. Quienes lo llevan, confían que su maternal intercesión los librarán del purgatorio. Su fiesta se celebra el 16 de julio.

Esta devoción fue muy popular. Dos imágenes llevan este título en nuestro templo: una de mármol en la Capilla del Santísimo y ésta, que es una talla de madera policromada de 1,98 m. de altura. Fue donada en 1902 por Ventura Cárdenas en memoria de su esposa. Hasta 1965 presidía un altar que le estaba dedicado, ubicado en el extremo del crucero que da a la Av. Libertador.

Con la reforma hecha ese año, se le quitaron los signos característicos: el Niño, el hábito de la orden y el escapulario. Se la pintó de color gris uniforme, salvo las manos, el rostro y la corona, y se la colocó en el crucero opuesto. La intención era que se la venerara como una imagen de la Virgen, sin ninguna advocación especial.

Con la restauración recuperó sus colores, el escapulario y en sus brazos se le puso un Niño similar al original, reconstruido a partir de antiguas fotos.

En el centro del ábside se encuentra una **evocación hecha con partes de los antiguos altares**. Habían sido construidos durante el curato del P. Andrés Iturburu (1901-1904), en cedro revestido de nogal italiano por José Bosia en el taller de ebanistería llamada “La Artística”, de Buenos Aires.

El mismo ebanista hizo también los bancos, confesonarios, marcos de las estaciones del Vía Crucis, credencias, el pie del Cirio Pascual y el púlpito. En cambio, Carlos Cascarini hizo el altar de la Inmaculada. Todos ellos fueron donados por distintos feligreses.

A ambos lados de la evocación, sosteniendo los floreros, se encuentran las **credencias** en estilo neogótico, que originalmente estaban a los costados del altar mayor.

A su pie está **la piedra fundamental** del templo. Mide 0,84 x 0,60 x 0,47 m. y su peso estimado ronda los 700 kilos. Es de piedra maciza con una cavidad interior, fue labrada a mano y sus ángulos están facetados. En la parte superior se observa una tapa de mármol de 0,45 x 0,40 metros y cinco centímetros de espesor; de la cual sobresale una argolla de hierro.

Había sido colocada solemnemente el domingo 6 de octubre de 1895. La ceremonia estaba prevista para el 29 de septiembre, pero debió ser postergada por la fuerte lluvia.

Realizando tareas de restauración de la Catedral, se la encontró el 22 de mayo de 2007, dentro de un nicho abovedado de un metro cúbico hecho con ladrillos revocados, en el centro del antiguo presbiterio, a un metro de profundidad y a los pies de la tumba de Mons. Aguirre.

La piedra fue abierta el domingo 22 de julio de 2007 en presencia del Obispo, Mons. Jorge Casaretto, del Intendente Municipal, Dr. Gustavo Posse y numerosa asistencia.

En el interior había una caja metálica de la que se extrajeron tres periódicos: “El Diario” del 5 de octubre de 1895, “La Prensa” y “El Correo Español” ambos del día siguiente. En el primero y segundo se encontraron noticias de la colocación de la piedra.

También había cinco monedas de la época de 50, 20, 10, 2 y 1 centavos; así como una medalla de cobre que dice en el anverso: “San Isidro Labrador” con la imagen del santo y en el reverso: “Iglesia de San Isidro – 15 de mayo de 1894” con la antigua iglesia parroquial; otras dos de tipo religioso, dos pequeños relicarios y un anillo de metal dorado. Todo esto se conserva en el Archivo Parroquial.

El cuerpo de **Mons. Antonio María Aguirre** reposa allí bajo una sencilla placa de mármol. Nació en Buenos Aires el 13 de septiembre de 1908, hijo de Amadeo y Teresa Alarcón. Su padre murió cuando él era apenas adolescente.

No era un católico muy practicante, pero a los 28 años descubrió a Cristo y se convirtió. Al año siguiente, sintiéndose llamado al sacerdocio, ingresó al seminario de Buenos Aires. El 18 de septiembre de 1943, a los 35 años, fue ordenado sacerdote.

Fue el primer Obispo de la Diócesis de San Isidro, nombrado por Pío XII y consagrado el 9 de junio de 1957 en esta iglesia Catedral. Fue un gran Obispo Fundador. Estructuró la diócesis en sus primeros años, con ideas muy claras de cómo debía ser la Iglesia en la segunda mitad del siglo XX. Fundó el Seminario, multiplicó el número de parroquias, capillas y colegios, organizó y formó dirigentes laicos, impuso una impronta renovadora en el clero, la liturgia, catequesis, pastoral, etc.

Sus últimos años de gobierno fueron más difíciles por el deterioro de su salud, la crisis de la Iglesia en la etapa post conciliar, las graves circunstancias políticas que atravesó el país y la oposición que encontró por el modo en que reformó la Catedral.

El 15 de mayo de 1983 entregó el gobierno de la diócesis a su Coadjutor, Mons. Jorge Casaretto. El Papa le aceptó la renuncia el 13 de mayo de 1985 y murió el 1º de junio de 1987. La Municipalidad puso su nombre a la plazoleta que está al costado de la Catedral, frente al Obispado.

6. El Coro (se ve desde el ábside)

El P. Juan Pedro Viacava logró que un amigo, el Dr. José León Gallardo, donara **el órgano**, construido a medida, especialmente para esta iglesia. Costó 20.000 francos franceses y fue bendecido por Mons. Terrero el 6 de enero de 1907. Él había donado también el de la Basílica de Luján; ambos de la marca francesa Arístides Cavaillé-Coll, una de las más importantes en el mundo.

El **Dr. José León Gallardo**, amante de la música y compositor de obras sacras, fue luego ordenado sacerdote en la Basílica de Letrán, el “Sábado de Gloria” de 1908. Edificó en Roma la Iglesia Argentina y murió en Génova el 11 de noviembre de 1924. En San Isidro se hizo un solemne funeral en su memoria al que acudió mucha gente.

7. La Capilla del Santísimo

Se agregó a la Catedral en 1965 y su finalidad es múltiple. Es un lugar de silencio y oración personal ante el Señor presente en la Eucaristía. Pero también allí se hacen celebraciones para grupos reducidos, las misas diarias matutinas, algunos casamientos, bautismos, etc.

Inicialmente se optó por un estilo similar al resto de la Catedral, pero sin guardar las mismas proporciones e incluyendo elementos propios de la reforma litúrgica que estaba en marcha. En los años siguientes se le hicieron diversas modificaciones.

Al hacerse la restauración, se optó por diferenciarla claramente de la Catedral ya que se trata de un espacio que no existía en el proyecto original. Por eso el piso es de madera como los demás sectores nuevos: la santería, el baptisterio y el presbiterio.

Para favorecer el clima de oración, los colores son cálidos en todo el ambiente y las puertas de cerramiento automático aíslan la Capilla de ruidos y paseantes.

Los **vitraux**, que integran las tres ventanas en un solo dibujo fueron hechos por encargo en 2008 por la firma Vitraux G, de Adrián Franco, y diseñados por Ernesto Murillo. Recuerdan que el centro está en la Eucaristía, que actualiza el misterio de la cruz y cuya luz se derrama sobre el mundo, representado por un círculo exterior.

El Cristo Crucificado es una talla de madera de 1,63 m. de alto y 1,26 m. de ancho en los brazos. Se destaca el cuerpo del Señor con el rostro vuelto al cielo, como si estuviera diciendo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

En 1904 ya estaba en el baptisterio, se ignora quien lo donó y cuándo. Era una imagen policromada, probablemente de origen español. En 1965 se le quitó la pintura y se lo colocó en el testero del crucero que da a la Avenida Libertador. Al ser puesto el Cristo Pascual sobre el altar mayor, en 1985 fue trasladado a su ubicación actual.

Cristo está realmente presente en **el sagrario**, ya que allí se guardan las hostias consagradas. Merece respeto y adoración. Invitamos a los visitantes a rezar en silencio ante él.

Es plateado por fuera y dorado por dentro, de 0,50 m. de ancho por 0,28 m. de alto, fue adquirido en 1967 en los Talleres de Arte Granda, de Madrid. Tiene dos frentes idénticos porque inicialmente fue colocado sobre el altar de la Capilla y se abría de ambos lados. Actualmente sólo uno es visible y representa la Última Cena de Jesús con sus discípulos.

Se complementa con la **lámpara del Santísimo**, también plateada y delicadamente trabajada, que se mantiene siempre encendida para indicar la presencia eucarística de Jesús.

La imagen de la **Virgen del Carmen** en mármol de Carrara, de 0,98 m. de altura, fue hecha en Buenos Aires en 1888 y es obra de Lucio Correa Morales (1852-1923). Este escultor argentino es autor de monumentos en los que predomina la temática nacional e indigenista (*Santa María de Oro, La cautiva, Gaucho*, etc.). Esta es la única imagen religiosa de la que se tenga noticia que haya sido hecha por él.

El artista mantuvo los elementos tradicionales de la advocación, pero en lugar de seguir los cánones que la representan con un hábito monástico, prefirió un estilo menos austero. Las puntillas del velo, el movimiento del manto y los adornos del vestido son absolutamente peculiares. El rostro de la Virgen, sus manos y el Niño merecen ser contemplados y hacer ante ellos una oración.

Se ignora quién la donó y cuándo, pero en 1904 ya estaba en la casa parroquial, según consta en el inventario. Fue trasladada a la Capilla del Santísimo en 1965.

Los demás elementos, altar, ambón y sede, son funcionales y movibles para que el lugar se adapte a las diferentes celebraciones. Son todos de madera con líneas muy simples para que no se destaquen ni quiten importancia al sagrario y a las imágenes.

8. El Baptisterio

Tiene un carácter significativo, aun cuando muchas veces por motivos prácticos las celebraciones de los bautismos no se hacen allí. Es el recuerdo permanente del primero de los sacramentos que reciben todos los cristianos.

Se encontraba originalmente en este mismo lugar, pero se accedía a él sólo por la sacristía. En 1965 se lo conectó al crucero del templo por medio de una puerta reja y se lo amplió. Con la restauración se repuso el vitraux original, se agregó otra puerta reja hacia el ábside, una lucarna en el techo para que la pila reciba luz natural y un piso de madera.

La misma Comisión que consiguió los fondos para comprar los bancos, en 1907 obtuvo los necesarios para adquirir la **Pila Bautismal**, hecha en mármol de Carrara en estilo neogótico, y el **vitraux**, que representa a Juan Bautista bautizando a Jesús en el río Jordán.

LA SACRISTÍA

En ella podemos observar los muebles originales hechos a comienzos del siglo XX y recientemente restaurados. La parte superior del que tiene la mesada más larga fue añadida en 1965 con **partes de** lo que originalmente era **el púlpito de la iglesia**, hecho en 1902 en cedro revestido de nogal italiano y donado por Pedro de Anchorena.

Los paneles de las puertas representan a los cuatro evangelistas. Todos tienen en sus manos un libro o un rollo de pergamino. Junto a cada uno hay figuras simbólicas, inspiradas en Ez. 1, 5-14, donde se describe la visión de seres vivientes, cada uno con cuatro caras, que parecían las de un hombre, un león, un toro y un águila. Desde los primeros siglos del cristianismo se interpretó que el ser viviente representa el Evangelio de Jesús y las caras a cada uno de los evangelistas, que transmiten un único mensaje de diferentes maneras.

Mateo, natural de Cafarnaúm, era publicano, es decir cobrador de impuestos para los romanos. Como tal, era considerado pecador público y traidor a la patria. Llamado por Jesús, abandonó todo por seguirlo. Predicó en Medio Oriente y murió en Antioquía. Su evangelio se dirige a los judíos conversos al cristianismo. Se lo representa junto a la figura que tiene aspecto humano porque comienza su evangelio con la genealogía de los antepasados de Jesús, de quienes descendía como hombre. Su fiesta se celebra el 21 de septiembre.

Marcos, natural de Jerusalén y primo de Bernabé, era muy joven cuando murió Jesús. Fue compañero de Pablo en su primer viaje apostólico y también más tarde cuando estaba preso en Roma. Pero estuvo más tiempo con Pedro. Se cree que su evangelio se inspiró en su predicación y fue escrito en Roma. Cronológicamente fue el primero de los evangelios. Luego predicó en Egipto y sufrió el martirio en Alejandría, donde se lo honra como fundador de esa Iglesia. Su cuerpo fue trasladado a Venecia, que lo considera su patrono desde el siglo IX. Comienza su evangelio con la predicación de Juan Bautista en el desierto; por eso se lo representa junto a un león echado a sus pies, ya este animal hace oír sus rugidos en las zonas desérticas. Su fiesta se celebra el 25 de abril.

Lucas, médico, nacido en una familia pagana, se convirtió, fue compañero de Pablo en sus últimos viajes misioneros y en la cautividad en Roma. Es autor también del Libro de los Hechos de los Apóstoles. Su evangelio, conocido como “el de la misericordia”, se dirigía a los paganos convertidos al cristianismo. Fue enterrado en Constantinopla y más tarde sus reliquias fueron llevadas a Roma. Es patrono de los médicos. Comienza su evangelio hablando del sacerdocio de Zacarías; por eso se lo representa junto al buey, animal que habitualmente se sacrificaba en el culto judío. Su fiesta se celebra el 18 de octubre.

Juan, hijo de Zebedeo, natural de Betsaida, era el menor de todos los discípulos, pescador como su hermano Santiago y uno de los primeros que conoció a Jesús. Con su hermano y con Pedro, estuvieron presentes en los momentos culminantes de la vida de Jesús: la Transfiguración, la oración

en el Huerto de los Olivos, etc. Es llamado el discípulo amado. Según la Tradición, fue célibe toda su vida y recibió a la Virgen en su casa después de la muerte de Jesús. Escribió el cuarto evangelio, se le atribuyen el libro del Apocalipsis y tres cartas. Hacia fines del siglo primero, ya anciano, fue el último de los apóstoles en morir y el único que no fue mártir. Se lo representa como un joven junto al águila, ave de mirada muy aguda, por la agudeza teológica que demuestra en el prólogo de su evangelio. Su fiesta se celebra el 27 de diciembre.

En la parte central del mueble se añadió una vitrina en la que está **la imagen procesional de San Isidro Labrador**. Es una talla de madera policromada del siglo XVIII, hecha en Madrid (España), de 1,17 m. de altura, con atributos de plata: en su mano izquierda una pequeña pala curva que servía tanto para limpiar la hoja del arado como para tapar la semilla con tierra y que en el otro extremo del largo mango tenía una punta para azucar los bueyes. En la derecha sostiene la reja, especie de embudo triangular que se usaba para poner el grano en el surco.

Sigue los parámetros propios de la imaginería religiosa de la época y es similar a la que se encuentra en la Catedral de Madrid: los atributos son los de un labrador, pero su vestimenta es la de un gran señor. Esto indica que aunque en la tierra era un pobre peón de campo, ahora en el cielo es un santo muy importante y milagroso.

Antigua documentación, recientemente encontrada, reveló que fue donada en 1760 por Miguel José de Riglos, párroco de esta iglesia de 1747 a 1754, que en ese momento era Arcediano de la Catedral de Buenos Aires. Esta imagen reemplazó la que había sido donada por Domingo de Acassuso al crearse la Capilla, que en 1760 estaba muy apolillada y en mal estado.

Desde hace dos siglos y medio, cada 15 de mayo recorre las calles del pueblo llevado en andas por los vecinos y feligreses devotos. Algunos de sus atributos tienen inscripciones, la reja: “Devoción de doña Catalina Melián de Belgrano. 1818” y la aureola de plata repujada en forma de sol: “S.L.I. Gratitude de José Manuel Muñoz y Marcos Ramos. Mayo de 1837”.

Se conserva también una **reliquia del cuerpo incorrupto del santo**, que fuera enviada por el Arzobispo de Madrid en 1929, a solicitud del párroco Allievi y de las fuerzas vivas locales, con motivo del 2º centenario de la creación de la Parroquia. Es un trozo de la tibia, de 1,50 centímetros cuadrados, que se guarda en un precioso relicario, cuya parte central fue donada por el rey Alfonso XIII y el resto por los vecinos de San Isidro. Fue recibida muy solemnemente en un gran acto público y se expone cada año sólo el 15 de mayo.

LA CASA PARROQUIAL

En el salón principal está **la imagen procesional de Santa María de la Cabeza**. Es de las llamadas “de vestir”, ya que el cuerpo y los brazos son como un maniquí, cubiertos por un vestido y capa de seda; sólo se ven las manos y el rostro de madera policromada. El pelo es natural, donado por mujeres devotas. Es de origen colonial, también del siglo XVIII, de 1,11 m. de altura.

En las manos lleva una jarrita de plata y un cucharón, símbolos de las tareas hogareñas que desarrollaba y de su generosidad en compartir la comida con los más pobres. Aunque era una sencilla mujer de campo, su vestido es suntuoso para indicar que goza de la fiesta del banquete celestial.

No es seguro quién la donó, quizás el mismo Miguel José de Riglos, como la de San Isidro Labrador. Estudios recientes establecieron que probablemente habría sido entre 1752 y 1760. Desde entonces siempre acompañó la imagen de su esposo en las procesiones.

En el mismo salón pueden observarse varios muebles antiguos, en particular **la mesa** que los feligreses le obsequiaron el 15 de mayo de 1890 al P. Diego Palma. Merece destacarse el trabajo de marquetería en la tapa donde se indica la fecha y el nombre de este venerable párroco.

Y también **un cuadro** de grandes proporciones que representa la huida a Egipto, que no lleva firma visible y aparentemente sería de origen español. Fue donado por Cayetano María Cazón y su esposa María Antonia Beláustegui de Cazón. Hasta 1965 se encontraba en una de las paredes del templo, al lado de donde ahora se encuentran las placas conmemorativas.

LA COMISIÓN QUE RESTAURÓ EL TEMPLO

Sería injusto terminar esta obra sin mencionar a los que trabajaron durante diez años (1999-2009) en la restauración y puesta en valor de este magnífico templo y de sus elementos.

La Comisión Técnica estuvo presidida por el párroco, Pbro. Pedro Oeyen, e integrada por el ingeniero Juan José Briozzo y los arquitectos Francisco Santa Coloma y Jorge Valera.

La Comisión Económica fue coordinada por el Dr. Andrés O. Galíndez e integrada por Jorge Matheu, Fernando Correa Urquiza, Esteban Díez Peña y Gustavo Zaputovich. Ambas Comisiones trabajaron ad honorem. La Dirección de Obra estuvo a cargo del arquitecto Fernando Figini.

Gracias a ellos y a la colaboración de toda la comunidad, vecinos, comercios, empresas, clubes, colegios y múltiples entidades, así como muy especialmente la Municipalidad de San Isidro, la restauración pudo realizarse.

Varias distinciones le fueron otorgadas, así como a sus responsables, entre las que merece destacarse el Premio a la Excelencia Inmobiliaria 2008, en la categoría Emprendimientos de Restauración y Puesta en Valor de Edificios de Culto, otorgada por la Federación Internacional de Profesiones Inmobiliarias (FIABCI Argentina).